

LIBRO TERCERO

REINADO DE FELIPE III

CAPÍTULO PRIMERO

PRIVANZA DEL DUQUE DE LERMA

Gobierno interior

DE 1598 Á 1606

Educación y carácter de Felipe III.—Lo que de él pronosticó su padre.—Entrégase al marqués de Denia, y le trasmite toda su autoridad.—Cualidades personales del valido: su ineptitud para el gobierno.—Sus primeros actos.—Profusión de empleos de la casa real.—Matrimonio de Felipe III con Margarita de Austria.—Suntuosas bodas en Valencia: fiestas: gastos enormes.—Desaires é injusticias del nuevo rey con los antiguos servidores de su padre.—Prodigalidad del rey: miseria pública en el reino.—El rey en Barcelona: córtes: subsidio.—Felipe III en Zaragoza.—Su clemencia con los procesados por la causa de Antonio Perez.—Perdon general á los perseguidos por los disturbios de 1591.—Júbilo de los aragoneses.—Regreso del rey á Madrid: festejos.—Da al de Denia el título de duque de Lerma.—Cólmale de mercedes.—Córtes: servicio de diez y ocho millones.—Visita el rey personalmente las ciudades para obtenerlos.—Pobreza, hambre y desnudez en Castilla.—Trasládase la corte á Valladolid.—Trastornos y perjuicios.—Arbitrios del de Lerma para remediar la necesidad pública.—Manda inventariar toda la plata labrada del reino: ineficacia de esta medida.—Donativos voluntarios: pídesse de puerta en puerta para el rey.—El duque de Lerma divierte á los reyes con espectáculos y festines.—Tráfico inmoral de empleos.—Flotas de Indias.—Dóblase el valor de la moneda de vellón.—Daños y calamidades que produce esta medida.—Donativo de los judíos de Portugal y su objeto.—Otro fingido rey don Sebastian.—El Calabrés y sus cómplices.—Son ahorcados y descuartizados.—Frailes ajusticiados por la misma causa.—Córtes en Valencia: servicio.—Manejo infuasto de la hacienda.—Indolencia del rey.—Vuelve la corte á Madrid.—Nuevos trastornos y quejas.

A pesar del esmero con que Felipe II había procurado dar á su hijo y futuro sucesor en el trono una educación correspondiente á la alta dignidad á que estaba llamado; no obstante los esfuerzos que hizo para inspirar desde sus mas tiernos años vigor y actividad á su alma; por mas que le nombró, tan pronto como llegó á su pubertad, presidente de un Consejo de Estado, en que dos días á la semana se trataban los negocios mas importantes del gobierno y administracion, con la obligacion de informarle de todo lo que se acordara y decidiera, con las razones en que se fundara, para que fuera así entendiendo en los negocios públicos; nunca Felipe II logró corregir el carácter indolente de su hijo, ni nunca tuvo muy favorable idea de su capacidad y aptitud, ni desconocía su poco apego y su mucha flojedad para manejar las riendas del gobierno. *Ay, don Cristóbal* (le dijo pocos días antes de morir al marqués de Castel Rodrigo en ocasion en que le hablaba de su hijo), *¡que me temo que le han de gobernar!*—*Dios que me ha concedido tantos Estados, decia en otra ocasion, me niega un hijo capaz de gobernarlos* (1).»

(1) Pero no nos es posible convenir con M. Mignet cuando á este propósito añade: «El heredero que recibió de sus manos moribundas este alterado depósito, era obra de su sistema y descendiente de una raza que había degenerado en la inacción (Introducción á las negociaciones relativas á la sucesión de España).» Llamar descendiente de una raza que había degenerado en la inacción al nieto de Carlos V é hijo de Felipe II, admiracion el uno por su activa é infatigable movilidad, asombro el otro por su incansable laboriosidad en el gabinete, es una inexactitud tan de bulto, que no comprendemos cómo haya podido incurrir en ella un escritor de la ilustracion y el talento de M. Mignet. La raza comenzó á degenerar en la inacción con Felipe III, pero tachar de *inactivos* á sus dos inmediatos ascendientes no creíamos podia ocurrir á nadie, y mucho menos al ilustre académico francés.

Felipe II había conocido bien á su hijo, y sus pronósticos respecto de él comenzaron á cumplirse bien pronto. El preceptor del príncipe, el ilustrado don Garcia de Loaysa, había logrado imprimir en el corazon del régio alumno y aun arraigar en él cierto amor á la virtud y á la piedad, que le hicieron merecer el título de *Piadoso*, pero no las cualidades de un buen rey. Mas afable, sí, mas franco, mas apacible y mas clemente que su padre, estas virtudes hubieran hecho esperar un buen reinado, si hubieran estado acompañadas del talento, de la capacidad, de la inteligencia, de la firmeza de carácter y otras dotes necesarias en el que ha de regir un grande imperio, y mucho mas necesarias en el que heredaba la mas extensa monarquía que entonces se conocia en el mundo.

Jóven de escasos veintium años el tercer Felipe cuando fué reconocido y aclamado, calientes aun las cenizas de su padre, rey de España y de todos sus inmensos dominios (13 de setiembre, 1598), muy pronto mostró que ni era el mas fiel cumplidor de los sanos consejos de gobierno que su padre le había dado á la hora de morir, ni eran sus débiles y juveniles hombros los que habían de sostener dignamente la pesada mole de esta inmensa monarquía. *Me temo que le han de gobernar*, había dicho en sus últimos momentos Felipe II, y casi aun no se había apagado su fatídica voz cuando ya Felipe III se había entregado completamente en manos del marqués de Denia don Francisco de Sandoval y Rojas, encomendándole la direccion de todos los negocios y la administracion del reino. Jamás se había visto un favorito subir tan repentinamente á la cumbre del poder. De la laboriosidad infatigable de Felipe II á la inercia y flojedad de Felipe III; de un monarca que atendía prolija y minuciosamente á todo y lo despachaba todo por sí mismo, y trabajaba él solo mas que todos sus consejeros y secretarios, á un rey que por desembarazarse de las molestias del gobierno comenzaba traspasando á otro su autoridad; de uno á otro reinado parecia haber intermediado un siglo; y sin embargo esta transicion se había obrado en un solo día. Escribió á todos los consejos y tribunales que obedecieran todo lo que en su nombre les ordenara. El nuevo rey parecia haberse propuesto renunciar en el de Denia todos los atributos de la majestad.

Jamás, decimos, se vió un favorito tan repentinamente encumbrado á tanta altura. Y si es cierto que además del poder y autoridad que en el de Denia acumuló Felipe III, si es verdad lo que afirma uno de sus mas autorizados cronistas (2), que le facultó tambien «para poder recibir los presentes que le hiciesen,» en tal caso á la degradacion de la majestad se añadió el escándalo de la corrupcion autorizada de real órden, cosa inaudita en los anales de las monarquías; y por lo mismo queremos consolarnos con la sospecha de que no se explicara convenientemente en lo que tan explícitamente dice el cronista castellano. Comenzó el de Denia nombrando virey de Portugal á don Cristóbal de Mora, marqués de Castel-Rodrigo, para alejar de sí al ministro que por su talento y fidelidad había merecido la mayor confianza de Felipe II, y que este monarca había dejado muy recomendado á su hijo. Hizo despues una promocion de consejeros de Estado, eligiéndolos entre sus amigos, deudos y parciales (3). Las quejas y mur-

(2) Gil Gonzalez Dávila, Vida y Hechos del rey don Felipe III, l. II, capítulo 3.

(3) Los principales ministros, vireyes y gobernadores que á su muerte había dejado Felipe II eran: en Nápoles don Enrique de Guzman, conde de Olivares; en Sicilia el duque de Maqueda; en Milan el condestable de Castilla don Juan Fernandez de Velasco; en Cerdeña el conde

REYES DE ESPAÑA



